

C A R L O S K E L L E R

COMO SALIR
DE LA CRISIS

EDITORIAL NASCIMENTO

K U K L O X . X Y Z

C A R L O S K E L L E R

COMO SALIR DE LA CRISIS

*Conferencia dada en la Academia
de Guerra el 19 de Agosto de 1932*

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE

1 9 3 2

K U K L O X . X Y Z

I

Esta conferencia para muchos será una desilusión.

Entre nosotros está de moda el hábito de presentarse al público con creaciones de la imaginación, nuevas fórmulas, sistemas y combinaciones que barajan uno o dos factores y que, a juicio de sus propiciadores, serían suficientes para hacer desaparecer todos los males de la Humanidad, siempre que se encontrare algún gobernante bien inspirado que los convirtiere en un decreto-ley.

No soy alquimista. No pretendo presentaros una nueva fórmula para fabricar oro. No creo en teorías ni en fórmulas. No tengo la menor estimación por soluciones basadas en el raciocinio de la inteligencia humana, por la cual confieso haberme acostumbrado a tener cierta dosis de escepticismo.

Creo, en cambio, en el poder creador de la naturaleza. La vida es un eterno proceso de nacer y morir. Las partes inservibles son excluidas constantemente del círculo de la vida, para ser reemplazadas por otras nuevas. Los organismos pueden ser ata-

cados por enemigos que amenacen destruirlos, pero la Naturaleza los ha dotado de fuerzas reactivas que surgen y aniquilan al enemigo.

La vida económica es un sistema orgánico y está sometida a leyes semejantes a las que rigen en la Naturaleza. Lo que en esta representan las leyes naturales, determinadas y rígidas, son allá las leyes sociales, indeterminadas y elásticas, porque en ellas interviene la voluntad humana. No la voluntad individual, pues si ella imperara ampliamente, no habría sociedad organizada posible: todo sería un caos. Lo que determina la evolución social es la voluntad colectiva, son los anhelos y esperanzas de las sociedades. Y aunque reconozcamos el libre albedrío individual para elegir entre el bien y el mal, existen leyes generales que nos permiten conocer el comportamiento colectivo de los pueblos, es decir, sus reacciones frente a determinadas situaciones.

Es eso lo que pretende esta conferencia. No os voy a presentar fórmulas y soluciones abstractas: me voy a limitar a describir cómo hemos llegado a este pantano en que nos encontramos y cuáles serán las probables reacciones colectivas que nos permitan zafarnos de él.

II

¿Cómo es posible—se pregunta frecuentemente—, que la Humanidad se encuentre en gran parte en un estado de extrema miseria, hambrienta y desnuda, mientras las bodegas estén re-

pletas de trigo, centeno, arroz, algodón, lana y azúcar? ¿Cómo se explica este contrasentido, que existiendo pan y vestuario para todos, haya tanta miseria?

La contestación es menos difícil de lo que comúnmente se supone. La guerra mundial había destruído inmensos valores que era necesario restablecer. El equivalente del material empleado para realizar la obra de destrucción, se había concentrado, en la forma de utilidades, en las manos de los grandes capitalistas, especialmente en los Estados Unidos. Terminada la guerra, estos capitales fueron facilitados para impulsar la reconstrucción y producción. Surgieron en todos los países nuevas industrias, dotadas de maquinaria moderna y eficiente. Mientras que hace algunos años, la producción de un automóvil demandaba un trabajo de 4,500 horas, el sistema Ford permite producirlo en 400 horas. La elaboración de cuero se hacía antiguamente mediante un proceso que demandaba varios meses; actualmente, el empleo de vapor, presión, energía y reactivos químicos permite elaborarlo en pocas horas. Una máquina para producir ladrillos produce 40,000 unidades por hora; un obrero produce 450 unidades por día. En 1919 un obrero fabricaba 75 ampollitas eléctricas por día; una máquina produce actualmente 75,000. Cada una de estas máquinas reemplaza a 994 obreros. Hace dos años, se necesitaban 500 obreros para producir 32,000 hojas de afeitar; actualmente, un obrero maneja una máquina que produce la misma cantidad. Antes de construirse las grandes plantas salitreras, se necesitaban 60,000 obreros para producir 3 millones de toneladas anuales; actualmente se necesitan a lo sumo 20,000.

La máquina vino a reemplazar, pues, al trabajo humano.

Mientras se estaba construyendo este enorme aparato industrial, todos encontraban trabajo. Una vez realizada la reconstrucción, aquellos cuyo trabajo ha sido reemplazado por procesos mecánicos, ya no podían ser ocupados.

En el momento en que ocurrió esto en los países industriales, tuvo que repercutir la disminución de la demanda ocasionada por la cesantía, sobre los países que producen materias primas. Debo recordar a este respecto que los créditos concedidos para la reconstrucción económica no se limitaron a los países industriales, sino que fructificaron en igual forma la economía de los países productores de materias primas. No es preciso que cite muchos detalles, que están al alcance de todos. Recordaré solamente los 20 mil millones de marcos que Alemania obtuvo de Estados Unidos, invertidos en su mayor parte en las actividades económicas; los cuantiosos préstamos de Francia a sus aliados; los 3 mil millones de pesos en que aumentó nuestra deuda pública desde la guerra mundial. Recordaré que nuestra producción de cobre subió de 60,000 toneladas en 1921 a 220,000 toneladas en 1930, y que en el período de 1928 a 1930 nuestra producción agrícola aumentó en 25% con respecto a los años anteriores.

En el momento en que el aparato industrial creado en todo el mundo con la ayuda de los créditos norteamericanos y otros, comenzó a funcionar y la máquina reemplazó al trabajo humano, la desocupación se presentó como uno de los más pavorosos problemas, primero en los países europeos y en seguida, por la repercusión que la desocupación tuvo sobre el consumo, en los países productores de materias primas. Actualmente, el número de desocupados asciende en Alemania a 6 millones, en

Italia a 1 millón, en Inglaterra a más de 2 millones, en Estados Unidos a más de 10 millones y en Chile a 130,000.

La evolución que estoy analizando fué agravada por dos factores: las reparaciones y deudas de la guerra y el sistema proteccionista.

Como ya había manifestado, los Estados Unidos, además de las inmensas utilidades que obtuvieron sobre la base de la miseria que la guerra europea produjo en Europa, se convirtieron en el país acreedor por excelencia. Los aliados les quedaron debiendo 7 mil millones de dólares. Al celebrarse el Tratado de Paz, los vencedores de la guerra estimaron que Alemania estaba en situación de poder resarcirlos de todos los daños sufridos durante la guerra, imponiendo a este país el pago de las así llamadas reparaciones. "Alemania lo pagará todo": ese era durante años el lema de la política internacional.

Sin embargo, Alemania no ha pagado nada. Si prescindimos de los bienes materiales que se le arrebataron—sus colonias, la marina mercante, material rodante ferroviario, etc.—, todo lo que pagó en dinero ha sido una parte de las cantidades que le habían facilitado los Estados Unidos.

En el fondo, la creencia de que un país pueda pagar las pérdidas ocasionadas por una guerra de las proporciones de la europea, es de lo más ingenua. Para poder hacer pagos al extranjero, es preciso disponer de un saldo correspondiente en la balanza de pagos, es decir, debe existir un saldo tan grande en los pagos que Alemania reciba del extranjero, que su monto permita pagar las reparaciones. ¿Pero cómo se iba a formar este saldo? La única fuente de que disponía Alemania para constituirlo era su comercio exterior, es decir, las exportaciones de

aquel país tendrían que exceder a las importaciones en una suma equivalente a las reparaciones anuales. Esto habría implicado, sin embargo, que las exportaciones alemanas aniquilaran las industrias de los demás países. Y aún suponiendo que hubiera sido posible llegar a esta situación, lo que, por otras razones, que no puedo analizar en esta conferencia, era técnicamente imposible, aún bajo esta suposición, digo, no habría sido Alemania la que pagaba las reparaciones, sino los compradores de sus mercaderías. Como se ve, la solución que se creyó poder dar al problema de las reparaciones era un absurdo.

Sin embargo, las tentativas hechas en el sentido de obtener el pago de las deudas a Norte-América, tanto de parte de los aliados como de Alemania, agravó enormemente la situación económica mundial. Se trató honradamente en todas partes de cumplir los compromisos. Tanto Francia, como Inglaterra, Italia y Alemania hicieron esfuerzos para pagar lo que se les exigía. Esto significaba, sin embargo, la imposición de enormes contribuciones a la población, a fin de obtener las cantidades necesarias. Lo que se recaudaba por el capítulo de impuestos, eran fondos que disminuían la capacidad compradora de la población, rebajando artificialmente su standard de vida. Y eso significa que se mermaba el consumo de nuestros propios productos. Así, el pago de las deudas de la guerra vino a contribuir a producir la crisis, y una vez estallada, la agravó enormemente.

Es cierto que actualmente está suspendido casi completamente el servicio de estas deudas y que en Lausana los aliados se han comprometido a borrar totalmente las deudas de las reparaciones. Sin embargo, falta todavía su liquidación definitiva, lo que dependerá de los Estados Unidos.

Toda guerra significa destrucción de valores. El importe del material utilizado por los aliados para producir esta destrucción ha originado las enormes utilidades que los Estados Unidos obtuvieron de la guerra. En cuanto este material ha sido pagado en efectivo, su importe ha disminuído el patrimonio nacional de los aliados. Una parte apreciable de su valor todavía se está debiendo, como ya lo vimos. Los Estados Unidos han estado interesados en obtener su pago total, es decir, en conseguir que los países europeos paguen la totalidad de los gastos ocasionados por la guerra. Sin embargo, el caso de Alemania ya ha demostrado que estos pagos son imposibles, tanto por razones técnicas, como porque ellos van en contra de los intereses de los mismos acreedores. Es de esperar, por tanto, que los Estados Unidos aprueben los acuerdos de Lausana, cancelando a su vez las deudas de los aliados. Una decisión a este respecto no se puede esperar sino para después de las elecciones presidenciales, que se efectuarán en noviembre. Esto significa que no se puede esperar para el año en curso una solución del problema de las deudas internacionales, y, por consiguiente, no hay esperanza que la crisis mundial desaparezca tan pronto, pues este evento está subordinado a la liquidación definitiva de aquellas deudas.

El segundo factor que agravó enormemente la crisis económica, lo constituye el sistema proteccionista. Ya antes de la guerra mundial, una serie de grandes potencias, entre ellas, los Estados Unidos, Alemania y Francia, trataban de favorecer su desarrollo económico, mediante la protección de sus actividades, estableciendo derechos aduaneros a favor de los productos nacionales. Esta protección era, sin embargo, relativamente moderada y no abarcaba la totalidad de los productos. La guerra mundial

creó en Europa una serie de nuevos Estados, que desde el primer momento trataron de impulsar sus industrias, cerrando sus fronteras mediante barreras aduaneras. De esta manera, las grandes unidades territoriales existentes en el imperio ruso y el austro-húngaro, fueron subdivididas en numerosas unidades independientes. Un gran número de industrias creadas para abastecer las grandes unidades existentes anteriormente, se vieron obligadas a reducir su producción para las nuevas unidades limitadas. Esta reducción significaba a la vez una disminución de su rentabilidad. Y como al mismo tiempo surgieron nuevas industrias similares en las unidades recientemente formadas, la competencia aumentó en los mercados extranjeros. El mismo resultado se obtuvo debido al anhelo universal de todos los países, de producir sus necesidades en lo posible dentro del territorio nacional. Basta citar el ejemplo de nuestro propio país, para comprender el problema.

A medida que se agravó la situación económica, es decir, que aumentó la desocupación debido al reemplazo del individuo por la máquina, aumentaron las medidas proteccionistas. La razón de esta política es perfectamente clara. Pongamos el caso de Alemania. Este país había obtenido enormes créditos en los Estados Unidos, los que utilizó para racionalizar sus industrias, creando un aparato industrial de una perfección sin igual en el mundo. Cuando la máquina comenzó a reemplazar al hombre en proporción ascendente, se presentó el problema de la desocupación. Los consumos declinantes produjeron una baja de los precios, motivada, además, por haber crecido la producción en mayor proporción que la necesaria para satisfacer las necesidades. Simultáneamente, se le exigía a Alemania el pago de las reparaciones, para

lo cual le era indispensable aumentar a un máximo las exportaciones, limitando a un mínimo las importaciones. La consecuencia lógica de la situación fueron los aumentos de los derechos aduaneros. Se proclamó el principio de que la agricultura les podía dar trabajo a los desocupados, produciendo en el interior lo que hasta entonces se importaba; que era necesario afirmar los precios, a fin de impedir la ruina de una de las ramas más importantes de la economía; que de esta manera aumentaría, además, el poder adquisitivo de esta misma rama, beneficiándose así la industria, etc. Las manufacturas, a su vez, exigían una política semejante, alegando otras razones. Alemania necesita grandes exportaciones, decían; para poder competir en el mercado mundial, es preciso que se pueda vender a precios bajos; si se aumentan los precios en el interior, se puede emplear una parte de la utilidad obtenida en el mercado nacional, para compensar las pérdidas o la venta sin utilidad en el mercado mundial.

Este ejemplo demuestra que la política proteccionista ha sido impuesta en todas partes por la fuerza de los acontecimientos y que ella no representa, de ninguna manera, un simple disparate, como se quiere hacer creer por algunos economistas. En Chile se nos ha presentado exactamente el mismo problema. Tenemos que pagar al extranjero una cantidad de cerca de mil millones de pesos anuales por concepto del servicio de los capitales extranjeros invertidos en nuestro país. Nos vemos, por lo tanto, obligados a obtener grandes saldos en nuestra balanza comercial, pues sólo de esta manera conseguiremos la cancelación de estos pagos, sin endeudarnos más. Por consiguiente, nos vemos obligados a substituir hasta donde sea posible, las importaciones por la producción nacional, estimulando simultáneamente las exportaciones.

Esta fuerza de los acontecimientos, que actúa en forma violenta en un momento determinado, pues los problemas requieren solución inmediata a medida que se presenten, va, ahora, en contra de los intereses a largo plazo y lesiona, además, otras partes vitales de la economía nacional. Así, cerrando sus fronteras para los productos agrícolas del extranjero, Alemania destruye simultáneamente el mercado para sus industrias en todos los países que hasta entonces la aprovisionaban de lo necesario, pues a medida que disminuya la posibilidad de exportación de estos países, ellos se verán obligados a reducir sus importaciones, reemplazándolas por la producción industrial nacional. Viceversa, a medida que nosotros tratemos de reemplazar la importación por la producción nacional de manufacturas, limitamos las posibilidades de exportación de nuestras materias primas, pues si los países productores de manufacturas ya no pueden vender sus productos en Chile, tampoco pueden comprarnos nuestro salitre o cobre.

He creído necesario detenerme en el análisis de los problemas mundiales, a fin de demostrar que nuestros problemas nacionales se han generado sobre un fondo internacional y que ellos se repiten, *ceteris paribus*, en todos los países. Desgraciadamente, nuestro ambiente político no tiene la suficiente educación internacional para reconocer estas interrelaciones. La repercusión que los acontecimientos mundiales tienen sobre nuestro país, la traducimos en luchas personalistas lugareñas, y creemos reconocer problemas esencialmente nacionales, donde se trata de asuntos que preocupan a todo el universo.

Sólo así se ha podido formar la creencia de que la crisis actual que azota a nuestro país proviene de causas nacionales. Creo haber explicado suficientemente el origen de la crisis y las con-

secuencias que ella ha tenido en el transcurso de su desarrollo. Se trata de fenómenos perfectamente lógicos, que tuvieron que ocurrir forzosamente y que no tienen ningún misterio.

III

Tratemos de caracterizar ahora la situación actual de la economía mundial, para conocer el probable desenlace de la crisis desde este punto de vista.

Una vez estallada la crisis, cada Nación trató de conjurarla mediante una política económica nacionalista. En el momento en que se presentó el problema de la cesantía, la primera preocupación consistió en aumentar las oportunidades de trabajo, creando nuevas fuentes económicas. Simultáneamente, se estimularon artificialmente las exportaciones (primas de exportación, a fin de producir el dumping, etc.), y se restringieron las importaciones. Como todos los países siguieron la misma política, el resultado fué la paralización del comercio internacional. Nuestro intercambio internacional ha fluctuado en los últimos meses entre el 10 y el 20% de su monto medio de 1928 a 1930.

La paralización del intercambio comercial ha afectado profundamente la situación de la balanza de pagos de casi todos los países. La reducción del intercambio y especialmente el descenso de las exportaciones, ha hecho imposible el servicio de los capitales extranjeros. No sólo se hallan afectadas por esta circuns-

tancia las deudas públicas, ya sean las de los aliados, las reparaciones de Alemania o los empréstitos concedidos a otros países, sino también las deudas privadas. En el fondo, el problema de las deudas privadas es exactamente el mismo que el de las públicas. Considerada la cuestión desde este punto de vista, y por paradójico que parezca, no hay ninguna diferencia entre los francos que la Casa Francesa de Santiago está debiendo a Francia y las reparaciones alemanas que este país creyó obtener de Alemania.

Para comprender esta antinomia, es preciso tomar en consideración la función de los créditos y la influencia que el movimiento de los capitales ha tenido sobre la actual crisis.

Como ya lo manifesté, el auge enorme que tomó la economía mundial después de la guerra, se debe principalmente a los créditos que le fueron concedidos y que provienen, en su mayor parte, de las utilidades que los Estados Unidos obtuvieron en la guerra mundial.

La inversión de estos créditos se efectuó de acuerdo con el criterio individual, que caracteriza al régimen capitalista. Un empresario determinado estudiaba algún negocio, lo consideraba bueno, lograba convencer a los accionistas o a su banquero de sus ventajas y obtenía el crédito necesario para realizarlo. Los capitales se habían acumulado en tal abundancia, que los créditos eran repartidos con suma prodigalidad. Los banqueros norteamericanos llegaron a pagar coimas para poder colocar empréstitos. Todo el mundo parecía poseído de la quimera del oro. Se hablaba de expectativas inauditas, de un tren prolongado y no interrumpido de prosperidad. Norte-América se caracterizaba por un verdadero delirio de "prosperity".

Aquellas inversiones, cuyas características podemos estudiar muy bien en nuestro país, que participó en ellas, no obedecían a ningún plan. Ningún Gobierno del mundo se tomó la molestia de calcular el resultado final de la expansión que se estaba haciendo. Nadie se preocupó, por ejemplo, del número de obreros que iban a ser reemplazados por las máquinas que se estaban fabricando. Aún más: nadie sabía qué número de máquinas se estaban construyendo. Cuando se levantaron las plantas de Chuquicamata, El Teniente y Potrerillos, muy poco o nada se sabía de lo que iba a ocurrir en Katanga. Cuando se construyeron las plantas de María Elena y Pedro de Valdivia, nadie había estudiado las que estaban construyendo nuestros competidores. Cuando nosotros comenzamos a conceder grandes créditos a nuestra agricultura, para aumentar la producción, cuyo excedente debía ser colocado en el extranjero, nadie tenía la más remota idea acerca de la posibilidad de poder colocar ese excedente.

La expansión se hizo, pues, de acuerdo con el criterio individualista. Cada empresa estudiaba individualmente sus expectativas, de acuerdo con sus costos y los precios vigentes. No había ningún mecanismo director de las actividades económicas, ni dentro de los países, ni mucho menos para la economía mundial. Es cierto que los grandes trusts reemplazaban hasta cierto grado la falta de una dirección consciente de la economía, pero ninguno de ellos abarca a todo el mundo y, además, su influencia no se extiende sobre la totalidad de la economía, siendo muy pequeña, por ejemplo, en las manufacturas y nula en la agricultura.

La consecuencia de la expansión fué que fallaran muchos de los cálculos individuales hechos, no produciéndose la rentabilidad que se había tomado en consideración y que, por otra parte,

se produjera un exceso tan enorme de ciertos productos, que era imposible colocarlos. Esto ocurrió tanto con respecto a las materias primas, como en lo que se refiere a las manufacturas. Basta citar como ejemplo los stocks de salitre y cobre que se han acumulado en el mundo y la invasión de agentes comerciales, vendedores, comisionistas y representantes extranjeros que pudimos presenciar en Chile durante el período de la gran prosperidad.

Se ha creado, pues, un aparato de producción que no guarda la menor relación con la capacidad de absorción del mercado mundial, aún cuando éste funcione normalmente.

En la época de la preguerra, la superabundancia de mercaderías habría ocasionado reacciones económicas que le servían de válvula de escape al sistema capitalista. En efecto, uno de sus organismos reguladores de la producción consistía en el movimiento de los precios, cuya alza estimulaba la producción y cuya baja la restringía. Es cierto que la baja de los precios se inició a fines de 1929. Pero en aquella época nadie la tomó en serio, porque nadie creía en la crisis, cuya posibilidad se había dejado fuera de todos los cálculos. Los capitalistas que habían facilitado los enormes créditos que produjeron la expansión económica sin precedentes, no querían reconocer la existencia de una situación desesperada. La negaban sencillamente. Y para demostrar su desprecio por la crisis, continuaron financiando negocios que ya no tenían ninguna base. Manifestaban que se trataba de una depresión pasajera, que muy pronto cedería su lugar a un auge más amplio y gigantesco. En el mejor de los casos limitaban un poco la producción, pero continuaban financiando las empresas arruinadas. El capital parecía interesado en evitar a toda costa la li-

liquidación forzosa de los negocios, con que en el período de la preguerra habían terminado todas las crisis.

De esta manera, la intervención del crédito ha sido de las más funestas consecuencias sobre el estado actual de la economía. En vez de producirse la reacción natural que había caracterizado al sistema capitalista en épocas anteriores, es decir, la liquidación de una situación insostenible, con el fin de restablecer la economía sobre nuevas bases, que estuvieren en armonía con la nueva estructura económica, la liquidación ha sido retrasada artificialmente. Y es éste el factor más importante que impide que la crisis llegue a un pronto término.

Trece años necesitaron los aliados para convencerse de que las reparaciones no podían ser pagadas por Alemania. Como ya lo manifesté, el problema de las deudas privadas en nada se distingue del de las reparaciones. Es un absurdo de parte de Norteamérica el de creer que jamás recibirá un centavo de sus créditos en el extranjero, mientras no les permita a sus deudores pagar sus deudas con mercaderías, única manera de efectuar los pagos. Mientras no exista intercambio comercial entre los países, no se puede pensar siquiera en restablecer los pagos.

Pero me parece fuera de duda que será, además, imposible, restablecer la situación que existía hasta 1929. La conferencia de Ottawa demuestra que aún Inglaterra, que hasta hace poco había defendido la tesis del libre intercambio de las mercaderías, se ha adherido al sistema proteccionista, estableciendo prácticamente un sistema de barreras aduaneras alrededor del Imperio. Me parece inevitable que el ejemplo de Estados Unidos y de las demás grandes potencias sea llevado hasta sus últimas consecuencias en todos los países del mundo. No puede pensarse, por aho-

ra, en el restablecimiento del libre intercambio. Las limitaciones del comercio internacional serán cada día más grandes. No pretendo valorizar este hecho: me limito a analizar las tendencias que se pueden observar en todas partes.

Esto implica que no se puede pensar tampoco en restablecer los pagos de los capitales, a lo menos en lo que se refiere a su gran monto. Y antes de poder restablecerlos, será necesario efectuar previamente la liquidación de los malos negocios y ajustar el monto de las deudas a la actual estructura y condiciones de la economía.

El problema de la Cosach es el mismo que presenta nuestra deuda externa, un fundo sobreendeudado o la empresa Siemens Schuckert en Berlín. Todas las deudas han sido contraídas sobre la base de una prosperidad ascendente de la economía mundial; mejor dicho, han sido contraídas para producir esa prosperidad y expansión. Ya que ella no se ha producido, hay un error fundamental en el cálculo, y no queda otra solución que proceder a la liquidación. Es decir, hay que estudiar los casos individualmente, para reducir el capital de aquellas empresas que puedan subsistir con un menor gravamen de deudas y cerrar definitivamente aquellas que aún con esta reducción no puedan ser mantenidas.

Ha sido éste el desenlace de todas las crisis precedentes y no hay motivo alguno para suponer que la actual no terminará en la misma forma.

Alemania está realizando actualmente este proceso de higiene económica. Hay ejemplos en que el capital de sociedades anónimas ha sido reducido en la proporción de 40 por 1. Todo el mundo está restringiendo sus expensas. La población se está acos-

tumbrando nuevamente a llevar una vida sencilla y humilde. Las esperanzas que se habían cifrado en la expansión económica en años pasados, se han desvanecido en nada. Hay que comenzar a edificar un nuevo sistema económico, que esté en armonía con la situación en que se encuentra la economía actualmente.

Si se analizan las relaciones internacionales del crédito en que se basó la expansión de los últimos años, llegamos a un resultado que no deja de ser tragicómico. La experiencia de la historia no evitó que los Estados Unidos creyeran que los créditos concedidos por ellos para producir la ruina de Europa en la guerra mundial, les serían cancelados totalmente. Sobre esta base se edificó todo el sistema económico de los últimos años, y sólo ahora, después de catorce años, se ha llegado a imponer la convicción de que una guerra destruye valores y empobrece a los pueblos y de que es absurdo creer que los daños puedan ser pagados por algunos países, beneficiándose los demás. La guerra mundial ha sido una desgracia para toda la Humanidad, y cada Nación ha tenido que participar en sus expensas, aún aquellas que no tomaron parte en ella. Ha sonado la hora en que los Estados Unidos paguen la cuota que a ellos corresponde.

IV

Si tratamos de sintetizar los problemas que acabo de analizar, llegaremos a la conclusión de que la economía mundial se encuentra en plena disolución y decadencia.

En su libro sobre la "Decadencia de Occidente", publicado en 1917, Spengler predijo esta evolución. Según su opinión, la forma de organización de la economía occidental tendrá en el futuro mucha semejanza a la del imperio romano durante sus últimos siglos, es decir, la vida retrocederá a formas primitivas. Las grandes ciudades desaparecerán lentamente; la población vivirá en el campo, abasteciéndose de lo que se produce en cada hogar.

No es preciso ser tan pesimista acerca del futuro de nuestra civilización, pero no cabe duda de que la evolución actual está absolutamente de acuerdo con lo que Spengler predijo hace quince años.

La modificación substancial consiste en que el sistema capitalista ya no funciona. El Estado ha tomado en proporción ascendente el control de la economía. No permite, desde luego, el libre intercambio de los productos. Las mercaderías ya no se venden conforme a un criterio económico: no interesa pagar por ellas un precio más bajo o más alto, pues el intercambio se permite o se prohíbe, según existan compensaciones o no. Así, Francia está interesada por razones políticas en mantener una alianza con Bélgica, y le compra, por consiguiente, el cobre de Katanga. Y mientras Alemania le ofrezca a este mismo país un mercado para sus productos de lujo y sus vinos y licores, Francia no tendrá inconveniente en reservarle su mercado al salitre sintético, aunque su precio sea superior al chileno y su calidad inferior. Inglaterra está interesada en robustecer la unidad política del Imperio, y, por consiguiente, prefiere la carne de Australia y Nueva Zelanda a la argentina, aunque ésta sea más barata y de mejor calidad.

Algo semejante está ocurriendo en el interior de los Estados.

Desde que se han establecido los bancos centrales, el Gobierno controla prácticamente el sistema del crédito y puede influir por intermedio de él, sobre la producción. En Estados Unidos se está ensayando este método en la más vasta escala, para combatir la crisis. Ha habido, naturalmente, numerosos y ruidosos fracasos con esta intervención del Estado, como siempre tienen que producirse cuando se ensayan nuevos métodos. Las pérdidas que el Farming Board ha sufrido en sus tentativas de afirmar los precios de productos agrícolas en Estados Unidos, ascienden, por ejemplo, a varios centenares de millones de dólares. Sin embargo, se sigue adelante por este camino, y aún representantes genuinos de la época de la "prosperity" recomiendan actualmente la adopción de los métodos de organización de Rusia para la economía.

Me parece que es necesario interpretar todas estas tentativas aisladas como la manifestación de un nuevo espíritu que se impondrá en la vida económica. El pueblo que logre traducir este espíritu en medidas adecuadas, será el primero en salir de la crisis.

Me empeñaré, pues, en analizar los rasgos fundamentales de esta nueva política.

En primer término, hay que darse cuenta que es inútil esperar una reacción rápida del comercio exterior. Es muy probable que en los próximos años el comercio exterior se mantenga a un nivel sumamente bajo. El libre intercambio de los productos será obstaculizado en proporción creciente. Nadie vendrá a comprarnos nuestro cobre y salitre, y las exportaciones agropecuarias encontrarán toda clase de resistencias. Lo acordado en Ottawa es un indicio expresivo a este respecto.

La única manera de fortalecer el comercio exterior, consiste en celebrar tratados especiales con otros países. El mundo está

dividido ya en grandes unidades cerradas, constituídas por uno o varios Estados ligados entre sí. Se ha iniciado un período de alianzas que no sólo miran hacia las conveniencias económicas, sino que comprenden a la vez intereses políticos y culturales.

Sería un error fundamental que los países ibero-americanos se mantuvieran al margen de lo que está ocurriendo en todo el mundo. Su interés vital consiste en propender a la unión indo-americana, a fin de crear un gran mercado cerrado que permita la expansión económica interior conforme al principio de producir lo que sea más adecuado a cada región. Esta política no debería limitarse a establecer solamente un sistema económico unificado, sino que debería abarcar, además, el sistema monetario, diplomático, legislativo y militar.

Si logramos establecer esta unión, será fácil buscarles salida a nuestros productos, pactando tratados especiales con alguno o varios de los grandes grupos de intereses que se han formado fuera de nuestro continente.

Es evidente que el control absoluto del comercio exterior por el Estado, como ya lo hemos establecido, es una necesidad ineludible. Repetiré en este lugar que no valorizo, sino que me limito a describir lo que está ocurriendo en el mundo, para extractar del análisis las conclusiones pertinentes. Puede que el libre intercambio de los productos sea el ideal absoluto. No se trata de eso. Se trata de establecer lo que prácticamente es posible, y a este respecto no cabe la menor duda de que la libertad del comercio exterior es absolutamente imposible.

El comercio exterior del futuro estará basado en el antiguo principio jurídico: *do ut des* (doy para que des), es decir, existirá un intercambio rigurosamente fiscalizado, que no permitirá

importar absolutamente nada que no esté de acuerdo con las necesidades nacionales y que no se pueda cancelar con el importe de lo que se entregue en compensación por lo adquirido.

A este respecto, los países deudores, entre los cuales figuramos nosotros, se encuentran en una situación privilegiada. Nuestros acreedores saben que no les podemos pagar las deudas sino por medio de la entrega de mercaderías. Lo que corresponde hacer, por consiguiente, es concentrar en un solo punto la totalidad de las deudas que tenemos con el exterior, obligando a los deudores a cancelarlas mediante pagos en moneda nacional al Banco Central. Concentradas así las deudas, podemos llamar a nuestros acreedores para pedirles que ellos mismos nos propongan las mercaderías que estén dispuestos a aceptar en pago de esas deudas. De esta manera se descongestionaría totalmente el mercado de la Bolsa Negra, terminaría el alza de los precios, acciones y propiedades, motivada por el interés que los deudores tienen en asegurar sus fondos contra una mayor desvalorización del peso, y conseguiríamos financiar con nuestras propias deudas la producción nacional. Es exactamente el problema de las reparaciones alemanes: o se aceptan mercaderías, o no hay posibilidad de pago.

Es probable que el control del Estado sobre el comercio exterior y la realización de una política de intercambio directo, pueda llegar a constituir la base de un nuevo sistema de intercambio internacional, más amplio que el actual. Dos Estados estudiarían sus recíprocas conveniencias y pactarían finalmente un acuerdo por el cual se obligarían a aceptar regularmente ciertos contingentes de mercaderías, según sus necesidades. El valor de estas compensaciones siempre estaría en equilibrio, no pudiendo pre-

sentarse, pues, el problema de un desbarajuste general de las balanzas de pagos, como actualmente lo tenemos aún en países que, como Inglaterra, representaban antaño el modelo de estabilidad económica.

La característica esencial de este nuevo sistema de intercambio internacional consistiría en que las relaciones entre los países tendrían un aspecto ordenado, es decir, que terminaría el caos que nos ha conducido a la ruina.

V

El solo hecho de una probable restricción del comercio exterior durante un período más o menos prolongado, significa que debemos modificar substancialmente la estructura económica del país.

Nuestro desarrollo económico ha dependido hasta ahora casi exclusivamente de las posibilidades de la exportación. Todo el país producía, trabajaba y vivía conforme a la situación del mercado mundial del salitre y cobre. Independientemente de todo lo que ocurría en Chile, una merma de las exportaciones de salitre o cobre paralizaba toda la vida nacional. La ciudad de Santiago, con sus 750,000 habitantes, que representa la sexta parte de la población total del país, es una creación del salitre y cobre. La agricultura nacional ha experimentado períodos de alza

y baja, según el número de obreros ocupados en nuestras dos industrias básicas.

Es evidente que el nivel bajo que nuestras exportaciones señalarán en los próximos años, tienen que modificar esencialmente las condiciones de nuestra economía. La tendencia de estas modificaciones puede sintetizarse por medio de la expresión de que Santiago tiene 300 o 400,000 habitantes de más. Y a este exceso de población de la capital debemos agregar el excedente que se ha producido y producirá en la minería, las industrias y la agricultura, que vivían a expensas del comercio de exportación.

A esta población es preciso darle ocupación. ¿Cómo conseguirlo? La solución es menos difícil de lo que comúnmente se supone.

Aunque nuestra superficie explotable intensivamente es mucho menor de lo que se cree en general, es evidente que la feracidad de nuestro suelo y las óptimas condiciones de nuestro clima, permiten alimentar y dar trabajo, sin necesidad de exportación, a una población varias veces superior a la actual.

El mayor de todos los absurdos de que adolece nuestro país, es la distribución de las tierras. Basta citar a este respecto el sólo hecho que el 78% de nuestra superficie agrícola corresponde a 2,600 propiedades superiores a 1,000 hectáreas. Hay en Chile departamentos completos que se constituyen de unos pocos grandes fundos y aún hubo casos en que toda una comuna era formada por un solo fundo.

El régimen colonial que hemos conservado ha producido todos los males sociales de nuestro país: la división de la población en dos clases, de las cuales la una disfruta de todas las comodidades

de la vida en abundancia y la otra se encuentra en la mayor y más espantosa miseria.

La subdivisión de la propiedad es, pues, una de las primeras medidas que deberían adoptarse si se quiere solucionar alguna vez la crisis que azota al país.

Ella no sólo nos permitiría darles trabajo a los que han sido desplazados por las modificaciones habidas en la estructura económica, sino que permitiría desarrollar las industrias nacionales, que dispondrían de un seguro y constante mercado interior.

Para llevar a efecto esta subdivisión de la propiedad, deberíamos sacar provecho de la situación de sobreendeudamiento en que se encuentran numerosas haciendas.

Nadie dejará de reconocer que la situación de la agricultura es sumamente difícil. Desde 1920 hasta 1927 la superficie cultivada se mantuvo casi invariable, aumentando en sólo un 3% por año. A raíz de la revolución de 1924, pero especialmente durante el período de gran auge económico, la agricultura obtuvo grandes créditos, que le permitieron extender su producción a tal extremo que ella aumentó en un 25% en el período de 1928 a 1930. Desgraciadamente, este período de expansión vino a coincidir con la crisis económica. Los precios declinaron rápidamente, la limitación del mercado del norte y la imposibilidad de hacer exportaciones, produjeron el efecto de restringir enormemente el consumo. Como en todos los sectores de la economía, los préstamos habían sido contratados sobre la base de que los precios se mantuvieran altos y que los consumos guardaran relación con la mayor producción. Pero como la expansión se hizo de acuerdo con el criterio individualista de cada productor y no obedecía a ningún plan, el caos se produjo con una lógica ine-

vitable. Como ya lo manifesté, este proceso no es particular a nuestra agricultura, como suponen nuestros hacendados, sino que se refiere a toda la economía mundial.

En todas partes ha habido la misma expansión económica sobre la base de créditos, cuyo servicio demandaba, para poder hacerlo, que los precios se mantuviesen a un alto nivel y que las posibilidades de venta estuvieren de acuerdo con la capacidad de producción.

Estas condiciones no se han cumplido. Ni los precios han mantenido su nivel de 1928-29, ni existe expectativa de poder aprovechar, por ahora, el aparato de producción creado. Por consiguiente, lo lógico consiste en reducir el gravamen de las deudas hasta un nivel que sea compatible con las condiciones actuales.

Los dos errores fundamentales que se pueden cometer a este respecto, consisten en creer que es posible mantener artificialmente altos los precios o que tenga algún objeto aumentar artificialmente la producción, mientras no exista un nuevo poder adquisitivo correspondiente. La inflación puede agravar enormemente la situación, pero jamás la subsanará. El problema fundamental de la hora actual no consiste en aumentar locamente los créditos, sino en poner orden al caos imperante. Antes de conceder nuevos créditos, es preciso estudiar cuidadosamente las expectativas que ofrezcan las nuevas inversiones, tomando en consideración los cambios que forzosamente tiene que haber en la estructura económica del país.

En el fondo, el gran problema no dice relación con los créditos, sino con la organización de la producción. La producción alocada y falta de rumbos del sistema capitalista debe ceder su

lugar a un sistema inteligentemente dirigido. Es inútil esperar que la iniciativa particular restablecerá la normalidad. Si se le da cancha libre a ésta, la consecuencia sería con toda seguridad un caos más grande que el actual.

En cuanto al crédito, es evidente que su monto no guarda relación con la rentabilidad actual. Sin duda hay entre las empresas endeudadas numerosas que merecen protección y que pueden ser salvadas con la ayuda colectiva. Pero no es menos cierto que hay numerosas empresas que deben ser liquidadas lisa y llanamente, sin contemplaciones, porque su mantenimiento constituye un peso muerto para la economía y su afán de salvarse a toda costa representa una amenaza contra el orden social. No es tolerable que se sacrifiquen los intereses colectivos para salvar a un puñado de grandes deudores que no han sabido administrar sus bienes.

Como ya lo expresé, el temor a la liquidación es una de las causas que, no sólo en Chile, sino en todos los países, ha prolongado excesivamente la crisis. Especialmente los norteamericanos parecen estar todavía poseídos de la creencia de que los créditos que figuran en sus libros de contabilidad representen algo más que una simple ilusión.

Un gobierno que esté al tanto de lo que ocurre en el mundo, debería sacar provecho colectivo de esta liquidación general de los malos negocios. Al reducirles sus deudas a los agricultores, por ejemplo, debería exigírseles que entreguen una parte de sus tierras, que se pueden destinar a la colonización. Así la rebaja de las deudas, indispensable para restablecer el equilibrio entre el peso del gravamen que representa la deuda y la rentabilidad del futuro, redundaría en beneficio de la colectividad y nos permi-

tiría corregir uno de los más graves defectos estructurales de nuestro sistema económico.

Por lo demás, puede considerarse como absolutamente seguro que si no se soluciona a la buena el problema de la distribución de las tierras en Chile, se hará a la mala: el pueblo se levantará sencillamente un buen día y ocupará las haciendas, así como lo hizo en Rumania, Polonia, Estonia, Latvia y Letonia después de la guerra mundial y como lo hizo también en Rusia. Prever es más conveniente que tratar de corregir cuando ya no hay corrección posible.

VI

La revolución de junio ha colocado sobre el tapiz todos estos problemas que acabo de analizar, y aún ella misma ha sido una simple etapa de un proceso que, bajo diferentes formas, se está produciendo en todos los países del mundo. Sin duda nos encontramos en un período de disolución del sistema capitalista y se está formando un nuevo sistema económico, que nos permitirá restablecer nuestra vida sobre bases más sólidas.

Las medidas económicas anunciadas significan, sin duda, un cambio de orientación en el sentido indicado. Se ha reconocido ampliamente el principio del control de la economía por el Estado. Se han acordado medidas para combatir la crisis. Se ha expresado la voluntad de mantener el valor de la moneda y de

impedir un mayor aumento del costo de la vida y de los precios. Se piensa terminar con el sistema de financiar los presupuestos mediante simples descuentos de Vales del Tesoro. Se anuncia el establecimiento de un Instituto de Comercio Exterior que dirija el intercambio del país.

Todas estas medidas pueden producir buenos resultados, siempre que su ejecución sea encomendada a personalidades que se inspiren en el bien público, que sean de una moralidad intachable y que dispongan del conocimiento técnico necesario. Y agregaré una última condición, que es tal vez la más importante de todas: siempre que el país acompañe al Gobierno y coopere con él.

Desgraciadamente, la realización del nuevo programa ha coincidido con un período de desintegración política. La descomposición del sistema capitalista ha producido también la desintegración del estrato social en que se basaba la organización política que lo sostenía. Los viejos principios liberales se demostraron insuficientes para dominar el caos en que vivimos. El sistema no funciona, sencillamente.

Los nuevos principios, a su vez, no se han consolidado suficientemente, para servir de base a nuevas organizaciones políticas que estuvieren en situación de realizarlos.

Pero me parece absolutamente necesario organizar políticamente a la sociedad, para poder realizar la obra de la transformación económica en que nos encontramos empeñados.

Durante el período liberalista, el hombre que producía nuestra riqueza—el agricultor, obrero o industrial—, se mantenía alejado de la vida pública. Se estimaba que la economía se regía por leyes propias, independientes de las del Estado. No se inte-

resaba por la administración pública, no quería intervenir en la política.

Como consecuencia, nuestro Estado y nuestra política han llegado a convertirse en el botín de guerra de aquellos que no lo graban hacer fortuna mediante su trabajo personal. La gente valiosa, la que produce, le entregó el manejo de la causa pública a los fracasados en la vida, a los tiburones de la politiquería, a los que negociaban en su provecho personal con los fondos públicos. Los partidos políticos se convirtieron en distribuidores de prebendas. Sin ninguna necesidad, la administración fué inflada extraordinariamente y realiza una labor que, en gran parte, es absolutamente inútil y no representa ningún beneficio para la colectividad.

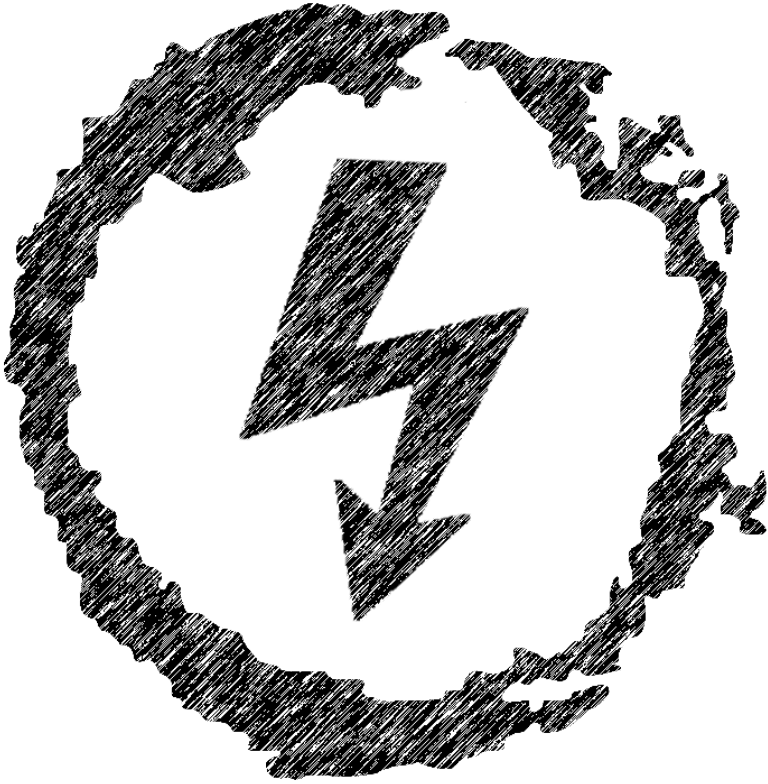
Es este el mayor escollo con que tropezará la nueva política económica. Antes de todo, es necesario realizar una labor de educación política de la Nación. No se conseguirá esto por medios artificiales. Es una ilusión creer que los antiguos partidos realizarán jamás una labor eficiente.

Es preciso que se unan aquellos que han logrado conservar intacta su integridad moral en estos años de hecatombe. Es preciso organizar a los elementos sanos y valiosos que realizan una labor socialmente útil. Hay que interesar por los problemas políticos a aquellos para los cuales existe el Estado. Hay que formar un nuevo frente político que constituya un baluarte inexpugnable, sólido en su estructura, disciplinado en sus procedimientos, que someta a sus miembros a un riguroso control moral y que divulgue y estudie el sentido de nuestra época, a fin de que el Gobierno no se encuentre en un espacio vacío, sino que su voluntad se transforme en acción social.

Es éste, sin duda, el problema más grave y más urgente que hemos de solucionar.

La crisis actual no puede ser remediada por nuevas fórmulas. No hay recetas para los males sociales. Pero los males sociales se convierten en reacciones sociales, y estas reacciones se transforman en movimientos que significan la marcha de todo un país.

Es ese el camino que nos permite salir de la crisis.



K U K L O X . X Y Z